XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

Pasado y presente del terror y la derrota rozitchnerianos: combatir para comprender.

Sol Verónica Gui.

Cita:

Sol Verónica Gui (2023). *Pasado y presente del terror y la derrota rozitchnerianos: combatir para comprender. XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-025/82

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Terror y derrota, su pasado y su presente.
Combatir para comprender

Gui, Sol Verónica

Sociología UBA. IIGG-UBA. LEDA-UNSAM

solve.roszas@gmail.com

Resumen:

Si la teoría construye mundo desde la elaboración en lo sensible de saberes y prácticas, hay una clave posible de lectura de la obra rozitchneriana, no reducida a la coherencia interna de su trabajo sino a articular los conceptos que en ella se gestan como claves interpretativas del presente. Esto vuelve pertinente, hoy, tomar por objetivos el (1) sintetizar los conceptos de *terror* y *derrota* que aparecen en la obra de León Rozitchner, apuntando a (2) indagar en torno a las posibilidades de su apropiación para la reflexión sobre problemas contemporáneos como el del ascenso de formaciones políticas neoliberales y conservadoras en Argentina.

Si es que el terror que funda a nuestra democracia operó apuntando a la coherencia de la cultura "como proceso creador en cada subjetividad, como otro modo de ser que nos compromete en todo lo que somos" (2011a/1986, pp. 25-28), una lectura que ubique a los fundamentos históricos del terror en la constitución de la dominación capitalista puede resultar de utilidad si lo que se pretende es construir una intervención política desde el reclamo de elaboración de saberes y prácticas a partir de la experiencia sensible con el mundo. Esto será pensado aquí leyendo a contrapelo las conclusiones que nos otorga Rozitchner al construir la derrota no ya como decreto sino como noción.

Estas claves de lectura se enmarcan en una pretensión más general que aspira a dilucidar una praxis en lo que se teje entre una teoría como clave de interpretación de una coyuntura presente, y la experiencia sensible de ubicarnos en un mundo donde las afecciones nihilistas son capturadas por espacios políticos que trabajan desde la fractura subjetiva de las cuales éstas son producto, y no por (nuestros posibles) proyectos de emancipación.

Terror y derrota, su pasado y su presente: combatir para comprender

Sol Verónica Gui

Sociología UBA. IIGG-UBA. LEDA-UNSaM.

solve.roszas@gmail.com

1. Introducción

Este trabajo tiene por objeto reponer los conceptos de terror y derrota en la obra de León Rozitchner (LR de ahora en más), atendiendo a su potencialidad como claves interpretativas de un presente marcado por el avance de narrativas reaccionarias que logran una revitalización de ideas sociales conservadoras en el imaginario social (Rey, 2022) de las sociedades contemporáneas y en Argentina en particular. La lectura de la obra de LR deja una conclusión que pivota en este texto y debe ser enunciada de antemano. La inserción de esta actualidad de emergencias autoritarias en una coyuntura amplia tiene como condición de posibilidad el despliegue del terror, en tanto éste es la violencia fundadora y persistente de la democracia actual (2015a, p.244), el trauma social que pervive en el inconsciente colectivo. Construir articulaciones entre el terror y la socialidad contemporánea, atendiendo a las reflexiones en torno a la derrota presentes en el trabajo de LR, son el objeto al cual se atenderá en las siguientes páginas. Esto, en pos de delinear algunas claves interpretativas en torno a la coyuntura actual y los dilemas propios del pacto democrático. Es objetivo de este trabajo desarrollar sus tensiones y plantearlas como marcas de su reactualización, en un contexto marcado por el retorno de discusiones que, contrario a lo que hoy se vuelve evidente, parecían zanjadas.

Derrota-terror, como anudación conceptual, requiere para su comprensión que sean repuestos una serie de elementos centrales en la perspectiva rozitchnereana, referidos a la composición de la subjetividad moderna. No es posible pensar el terror sin dar cuenta de una comprensión del sujeto como un absoluto-relativo que construye su relación con el mundo en un proceso de constitución verificado siempre en lo sensible de su cuerpo. Así también, el concepto de terror no hace pie sin poder situar su emergencia en la lucha política y la derrota de los sectores subalternos, derrota no pensada sólo a nivel de la fuerza descarnada de lo militar, sino como intromisión permanente en la cultura.

La articulación conceptual entre derrota y terror es un aspecto de la unidad teórico-política del trabajo de LR, encontrándose ambas dimensiones coherentemente dispersas a lo largo de su obra. Contrario a lo que podría concluirse de una lectura fragmentada, en ella se compone un marco en el cual el terror no apunta sólo a una operación susceptible de ser ubicada en un contexto histórico y social particular, siendo nodal en la conjugación del sujeto

del capitalismo. Esto no quita que el terror emerge por y en función de las derrotas: derrota de lo materno arcaico en la primacía de lo cristiano y patriarcal (2015b/1997) y derrota del campo popular en el contexto de la Argentina de los años ‘70 (2011a). Derrota permanentemente impuesta sobre el cuerpo social en la constante violencia silenciosa del sistema capitalista (2015a), que no por menos aparente resulta menos descarnada.

Queremos atender a esta derrota desde su carácter de operación fundante y permanentemente replicada de la sociabilidad de mercado capitalista, que veta la relación entre los sujetos al imponer la mediación del intercambio fetichista en la que “las relaciones entre los productores (...) revisten la forma de una relación social entre los productos del trabajo” al decir de Marx (2015/1867, pp. 88). Por esto no hablamos solo del terror impuesto por el genocidio que se dio por nombrar como Proceso, sino también del que insunfla el mercado en su trabajo de autoafirmación (2015a, p.240). Así, el terror opera por la escisión del sujeto con el mundo, por imponer una subjetividad, podríamos decir, fracturada. Fracturada en tanto el terror es el fundamento de muerte interiorizado en el sujeto. Pero fracturada, también, en tanto el terror se presenta como “expropiación de las fuerzas subjetivas y sociales” y “negación del sujeto como lugar de elaboración de verdades verificables” (2011, p.21), como represión de los lazos que hacen a sus pasiones alimentar la resistencia dada por las pulsiones colectivas (2015a).

2. Algunos conceptos fundamentales para pensar el terror

Esta lectura sobre la operación que el terror impone cobra especial valor a la hora de indagar en un presente que lleva las marcas de la ideología de la crisis (Cuesta et al, 2021). El terror opera por la escisión del sujeto con el mundo y en la expropiación de las pulsiones de vida que se realizan en lo colectivo, aislando al sujeto de su propia afectividad. Para indagar en torno a esta afirmación es preciso retrotraernos a la cuestión de la constitución de la subjetividad, siendo este problema el eje transversal de la producción rozitchnereana. Aquí se apuntan tres elementos nodales: la concepción del sujeto como absoluto-relativo y los procesos de constitución y verificación de saberes y prácticas, a partir de los cuales este sujeto incorpora como materia sensible su experiencia en el mundo.

Las aclaraciones en torno a estas nociones aparecen en tanto resultan pertinentes para pensar la operación del terror, influyente como hecho fundante del sujeto moderno en tanto sujeto que atraviesa un proceso de desgarramiento de sí. Si el sujeto es síntesis de la génesis social, se encuentra a su vez en una posición relativa tanto con el mundo como para con otro(s), sólo existiendo como sujeto en tanto se divida a sí mismo (LR, 1971, p. 108).

Dicho de otra forma, nombrar "síntesis de la génesis social" al ser humano supone saberlo absoluto en tanto individuo, particularizado por el proceso de la cultura dando cuenta de su irreductibilidad; se constituye en esa cultura que se construye con otro(s), en simultaneidad. Esta comprensión del sujeto como tensión, como nudo, nos aparta de una reflexión abstracta sobre lo absoluto y puro (LR, 1964) e insiste en ubicar al sujeto en una posición relativa con respecto a quienes lo rodean, con quienes hace mundo. En síntesis, el sujeto es absoluto-relativo en su experiencia en tanto ser social, en tanto relación con el mundo y con otros, no siendo más allá de esa relación pero siendo irreductible en ésta.

Esta caracterización del sujeto rozitchnereano pone de relieve un riesgo que se registra en lo afectivo: el del peligro que coloca en la posibilidad de tejer esa relación subjetiva si las pasiones negativas con las que el sujeto se ve permeado por el mundo, como la desesperanza y el miedo, son capturadas y reconducidas por el terror. Y es que, en esa experiencia con el mundo, la afectividad aparece como índice de verdad. Si la experiencia vivida es materia prima de la conciencia, una conciencia reflexiva, ésta es momento de verificación en, con y desde el cuerpo de la materialidad histórica concreta. Este pasaje de lo experiencial a lo simbólico remite al proceso de *constitución* o fundación, por el cual lo que acontece al nivel material de la experiencia vivida puede ser sentido como afecto, integrado en una reactualización del cuerpo al compás de lo vivido y procesado a partir de una conciencia reflexiva que introduce lo simbólico como mediación en la relación universal con otros sujetos (desde el lenguaje, “meandro de lo real”). El punto cúlmine de ese proceso tiene a la lógica como síntesis del movimiento, pero también como momento de abstracción del mismo, en tanto la representación de los términos que aparecen (en la relación planteada al nivel de lo simbólico) se da de forma tal que quita el contenido de la significación para atender sólo a la forma (1964).

Si la constitución de la experiencia sensible habilita al sujeto a alcanzar una universalidad concreta, en la que las significaciones compuestas se plantean en función de todo el campo de significaciones posibles que es obra histórica, esta constitución no es posible sin la *verificación* como convergencia de los significantes con la propia experiencia vivida, como realización, por parte del sujeto, del significado otorgado a esta experiencia. El entendimiento se presenta de esta forma como desacralización del concepto, en pos de la incorporación de lo próximo a la estructura total afectiva que emana el tránsito por el mundo. Es decir, el saber es reflexivo y es el de una universalidad concreta, material, no así el de una totalización abstracta. Es así que, si la constitución habilita la incorporación de la experiencia a un esquema de entendimiento del mundo, la verificación aparece como interiorización de la experiencia con el mundo, con la ley y también con lo que es (y no es) posible en ese mundo y en esa ley.

Este rol que juega la afectividad, la experiencia sensible con el mundo, constituye el fondo de la obra rozitchnereana. Es síntesis de un proceso histórico que se replica en cada individualidad y que remite tanto a la irreductibilidad de la experiencia de interiorización de las respuestas culturales a las cuatro situaciones límite freudianas como en la verificación de la experiencia constitutiva de una subjetividad moderna que se ve atravesada por el mundo que habita y que la compone. Es una estructura afectiva que se conjuga en la relación con el cosmos, con la naturaleza, con el hombre y con el futuro. Estas situaciones se presentan de forma tal que la relación con la finitud se da como relación con los otros, como relación con la Naturaleza, como relación con el cosmos.

La razón que vuelve a la escuela de los hechos: la experiencia subjetiva capitalista como proceso de alienación

Ahora bien, el sujeto moderno está atravesado por la experiencia de escisión de lo humano con respecto al producto de su trabajo, experiencia sintetizable en el concepto de *alienación* (Marx, 1844; Rozitchner, 2015C/1964) al cual no atenderemos de manera exhaustiva. Nos limitaremos a aclarar que la alienación es no sólo escisión con respecto al mundo que constituye al sujeto sino también -o por eso mismo-, apropiación de la conciencia realizada como abstracción. Dice Marx: las dos partes en las que el trabajo enajenado se escinde "se condicionan recíprocamente, o son solo expresiones diferentes de una y la misma relación; la apropiación aparece como alienación, como enajenación, y la enajenación como apropiación; la alienación aparece como la verdadera incorporación a la sociedad" (2015/1844, p. 120).

La irreductibilidad de lo humano se desdibuja, restringida a su momento relativo, reificada la conciencia en tanto se despliega en el marco en el que lo hace el sujeto, que es, en la formación social actual, el de la contradicción fundamental entre capital y trabajo. Para conquistar la verdad, dice LR, el sujeto debe recuperar en sí mismo el ámbito de falsedad, "que es la definición actual de su ser parcial" (Roztichner, 2015c, pp.103). Es la indagación de ese origen un punto que recorre el trabajo de LR y que lo enlaza con el discurrir del materialismo histórico. En la indagación sobre la obra de Marx como teoría positiva y a la vez negativa del ser se recuperan claves para fertilizar la reflexión sobre ese desgarramiento del sujeto del cual se ha hablado.

LR recupera de los Manuscritos una parte importante de su lectura sobre la constitución de la subjetividad moderna. Porque el sujeto, en el capitalismo, ve sus representaciones limitadas tanto como lo está su propia actividad; es el ser social el que hace a la conciencia. Hay allí una fractura, pero también una demanda de recuperación de esa unidad originaria

quebrada, y esa es la vigencia de la recuperación de la lectura rozitchnereana en torno al concepto de alienación, su fusión con la posibilidad de una praxis. La conciencia es una actividad ignorada “en la medida en la que, siendo reflejo de una pasividad, debe contraerse” (2015c, pp. 125) pero es también una “condensación de la conciencia de las posibilidades abiertas por lo social” (2015c, pp.129) en tanto producto de la sociedad en la cual esas posibilidades se abren. El terror es lo que opera en este proceso de escisión y es sobre esto que nos ocuparemos en el apartado siguiente.

3. De la transhistoricidad del terror y las derrotas

Retomando: la verificación supone la puesta a prueba de la palabra, en tanto no hay constitución que desatienda a esa mediación en la relación universal entre sujetos que opera el lenguaje. Esa puesta a prueba de la palabra -de las claves de interpretación del mundo- se confirma en los afectos del cuerpo. Ahora bien: al sujeto (absoluto-relativo) se le presenta a la reflexión como tensión. LR apunta, en buena medida, a desanudarlo en lo teórico -y también político, si “pensar no es sólo una idea: es roturar un cuerpo” (2015a, p. 176).

Si el terror opera, como se afirmó previamente, en este proceso de escisión, es fundamental rastrear su conceptualización en dos momentos. El primero, como operación que construye las condiciones de posibilidad para el advenimiento del capitalismo. El segundo, atendiendo a su presencia -históricamente situada y a su vez, permanente- dentro del propio sistema conforme la doble polaridad de la política, dictadura-democracia.

Tras el exilio y en la nueva coyuntura, LR indaga sobre el repliegue a lo interno y la distancia que se coloca frente al derrumbe del mundo. Un triunfo más del terror, que aísla al sujeto (siempre absoluto-relativo) con respecto a lo otro que lo constituye como tal. El terror, en este momento, es inscripto como parte de las operación desensibilizante de las relaciones sociales que construye la posibilidad de advenimiento del capitalismo. En *La Cosa y la Cruz* (2015b/1996) LR estudia, a partir de las lecturas de las confesiones de San Agustín, el desprecio al modelo humano promovido por el cristianismo, indagando el proceso por el cual esta forma de la religiosidad hace a una reorganización radical imaginaria y simbólica operada en la subjetividad por lo sensible de la vida que promulga el cristianismo. La separación del sujeto para con su deseo y su goce, el desgarramiento de su experiencia materna, son elementos fundamentales para el encuentro, dentro de lo específicamente religioso, de los fundamentos políticos no sólo de las premisas del capital sino también de las posibilidades de su superación.

Es que la religiosidad cristiana, como tecnología, aporta a la realización de la moral burguesa como abstracción universal a partir de la expropiación mítico-religiosa del cuerpo vivo, de la escisión del sujeto para con la experiencia materna arcaica que instituye a lo eclesiástico como el corazón de un mundo sin corazón. El cristianismo prepara el "desprecio hacia el 'uso de los cuerpos' que el capital expropia" (2015b/1996, p.37) en un proceso de ruptura del sujeto, de fractura de su experiencia con lo sensible anterior al lenguaje y de reubicación de la relación con el padre por fuera. Reemplaza a la madre arcaica por la Iglesia como cobijo e instituye al Padre (un Dios-padre) como agente de la represión y la ley. En ambas figuras (la madre-Iglesia, el Dios-padre) la muerte es técnica objetiva de dominio. Y en ese proceso es despreciado el rol de la mujer, que de garante del encuentro primero con el mundo, pasa a ser *cosa*. "Tú por medio de ellas me dabas el alimento de la infancia" (2015b/1996, p. 54).

La exaltación de la figura masculina abstracta, instauración de su jerarquía con respecto a lo femenino, es operada por el patriarcado en un proceso de desensibilización de las relaciones sociales y de escisión del sujeto en su propia afectividad a partir de su abstracción. Un nuevo aspecto, en nuestra exposición, de la instalación del terror en el sujeto, operando en la *mater* para anestesiar, obturar y congelar la susceptibilidad de la materia infante con respecto a su mundo. Y ¿qué queda como margen para la resistencia y las formas de emancipación colectivas en una subjetividad burguesa, cristiana y patriarcal, desarrollada para garantizar la escisión entre quien la porta y el mundo en el cual discurre su existencia? Es una interpretación que nos interpela a reinscribirnos en el *afecto* que constituye una lengua materna primitiva y mutilada por un terror que apunta a la reificación de lo humano.

El terror, justamente, representa un obstáculo para esa operación: insiste en la muerte como amenaza entre el sujeto y el mundo que piensa, y podríamos agregar, entre quién piensa, ese sujeto y el fondo de mundo en el cual su relación se desenvuelve, al impedirles ir más allá de ese mundo colocándoles a la intemperie. El terror emerge como una operación histórica sobre los cuerpos que congela y anestesia la afectividad, apartando al sujeto del mundo y de esa manera inhabilitando la elaboración de saberes y prácticas.

El concepto de terror es presencia permanente en la elucidación teórico-política de LR, se engrosa en su intervención pública y en el discurrir de la polémica viva. La idea de terror insiste porque es lo que amenaza cualquier proyecto de transformación. Ese es, también, el motivo por el cual es necesario formular, criticar y realizar alternativas. El terror sopla la nuca del sujeto sensible a un mundo desgarrado de él y de sí mismo, amenaza tanto los intentos

de conjugar apuestas colectivas que construyen claves interpretativas de la realidad -de las que se prosigue la necesidad de su transformación-, como la pervivencia de la relación social con otros. A la vez, presenta una doble cara: si el terror opera para anular la alternativa es porque hay una alternativa. No es posible pensar más allá de lo que es o puede ser.

Ahora bien, hay que hacer una aclaración: el terror del cual LR habla no está dado meramente por la violencia explícita de las armas que ametrallan el cuerpo social. Remite más a una presencia permanente que a un momento histórico puntual. Esta "transhistoricidad" del terror se halla inscripta en la doble polaridad de la política: dictadura armada o democracia, conjuga el secreto del liberalismo (2015a, pp. 188). En esta clave hay una doble inscripción de la reflexión en torno al terror, dos "momentos" de su presencia en la historia real. El primer "momento" está temporal y espacialmente situado en la oleada dictatorial que desangró a Latinoamérica en los '70. El segundo es, más que momento histórico, un aspecto de la relación social dada en la actual formación social, parte del núcleo sistémico de la tríada cristianismo-patriarcado-capitalismo.

Si el primero toca de cerca y funda la experiencia social presente, el segundo insiste en cada fragmento de nuestros cuerpos oprimidos y desgarrados, y lo hace para lo concreto de Argentina en la remisión a esa experiencia concreta que fue el horror genocida, sí, pero también como violencia permanentemente reiterada en un marco democrático fundado en esa experiencia concreta. Porque el terror reprime el anclaje afectivo del humano en las pulsiones colectivas que pugnan una resistencia, el primer momento histórico mencionado compone las condiciones del cuerpo social como territorio donde se despliega esa lucha que la resistencia supone, para garantizar la pervivencia del segundo.

Esta aclaración no desprecia los efectos concretos de la imposición del terror a partir del genocidio. Que el terror prescinda del uso de la violencia descarnada no supone su anulación, porque ya se ha introyectado en cada sujeto cuando eso ocurre. Indagar las modalidades del terror y su impronta nos remite a nociones concretas: violencia (arma del terror), fuerza (capacidad de imponerse), muerte (lo que impone de manera efectiva, simbólica y material), cuerpo (el territorio sobre el cual se despliega) son elementos que constituyen con claridad al terror como negación material de la realidad del sujeto en el mundo, negación que desborda el discurso y se inscribe en el cuerpo con la violencia y la tortura, operando para la interiorización de la muerte. Y hay también, en esas claves para la lectura del terror, un fondo de reflexión en los términos que Clausewitz emplea para pensar la guerra.

Es que si LR puede situar históricamente al terror, ubicarlo en una experiencia que le pasa por el cuerpo como pregunta por la salvación de la muerte, es porque su elaboración se sitúa en la discusión sobre los límites de la intervención de sus propios compañeros en la disputa política. Así, el primer "momento" descrito de reflexión sobre el terror se liga al debate en torno a la explicación posible de la derrota; allí LR no lee en retrospectiva la imposición del régimen militar, sino que por el contrario marca los límites de la estrategia política de la izquierda y el peronismo en una etapa muy temprana de la discusión. Si inicialmente la derrota fue pensada como advertencia para anticipar la potencialidad de un fracaso, aunque "ese fracaso del peronismo y de la izquierda se hayan convertido, contradictoriamente, también en nuestro" (2015a, p. 129), luego aparece pensada desde la angustia que produce reconocer la introyección de los efectos del terror como victoria prima en lo político sobre el cuerpo social, como efecto directo de la muerte y el horror, de sus historias tristes, del genocidio. Es allí que LR da cuenta de lo perdido por la instauración del terror, del barrimiento de las ilusiones emancipadoras de la izquierda que quitó el velo de la apariencia de la política y apuntó al carácter siniestro que se descubre en la paz política. "El terror unificó lo disperso en cada uno de nosotros", operó eficazmente sobre ese espacio subjetivo, íntimo de cada ciudadano, interviniendo "la cultura como proceso creador de cada subjetividad" (2011/1986, pp.27-29).

En el balance de la derrota es señalado el fracaso de las izquierdas en apuntalar efectivamente su deseo de transformación social en el conjunto de la población, en colectivizar la pelea por la vida de forma tal que ésta no se redujera ya al ámbito aislado de lo político sino que fuera extensible a todos los momentos de la vida social. Hay, para LR, un momento de ingenuidad que confunde la composición peronista de la clase trabajadora con la voluntad de emancipación colectiva; un error de lectura o un intento de ampliación de las pulsiones colectivas que alimentan el impulso de resistencia con una estrategia errónea. Vale destacar, es un debate en el que la oposición violencia-contraviolencia juega un rol fundamental. Hay, también, en el rastreo de la derrota, una imputación de ingenuidad por la incapacidad de superar las propias limitaciones subjetivas: en el afán de construcción de una revolución que replique el modelo del tercer mundo (Cuba, Argelia, Vietnam) se obvió que la identificación popular con el peronismo no conllevaba una apuesta por la emancipación. LR, por el contrario, plantea que esa identificación con el liderazgo de Perón impuso una subjetividad pasiva sobre las mayorías populares (2015a/1990). Y así se puede seguir, en la enumeración de aspectos que condujeron a la derrota.

Pero lo fundamental del pensar rozitchnereano sobre este punto, creemos, es que deja planteados una serie de ejes fundamentales a la hora de balancear el impacto de estos procesos en el imaginario social contemporáneo –decimos balancear, como si la reflexión

filosófica y política estuviese condenada a la aritmética de la suma de derrotas y al situar correctamente el ángulo de un péndulo que siempre debería tender a una vertical recta–. Estos ejes pueden ser enumerados, de forma no exhaustiva, de la siguiente manera:

1. LR apunta con claridad a los efectos la cuestión de la interiorización de los términos del enemigo sobre la propia subjetividad de quien libra una disputa, en la cual la política no puede dejar de ser pensada en los términos de la guerra. Marca la imposibilidad de pensar lo que es necesario pensar cuando se emplean las categorías del otro que triunfa (2015a).
2. Los textos de LR sobre el neoliberalismo arrojan la siguiente conclusión: nos hallamos ante una democracia pacificada por el terror anterior. Si la derrota supone reconocer en el advenimiento de la democracia una tregua que se presenta como gracia sin dar cuenta de los límites que el terror le impone, es porque en ella subyace la perpetuación de la guerra pero con otra forma. Es aquella que sintetiza el pacto: nosotros no cometeremos genocidios, ustedes no intentarán revoluciones. Esa forma que asume el *no matarás* patriarcal para habilitar, en resumidas cuentas, la perpetuidad de la violencia económica como efecto silencioso sobre las subjetividades mutiladas por el capital y sobre los cuerpos de vastos sectores de la población. “Dejaron atrás el fascismo –la guerra genocida– y pasaron a la paz democrática liberal: borraron la muerte directa, la razón de la fuerza, para pasar a la muerte indirecta, la razón económica, que también expropia y mata” (2015a, pp.376-377). Una razón que difumina la agresión de muerte contra la población en una clara operación de deshistorización. Que la convierte en una violencia indolora y simbólica, des-situada y naturalizada.
3. LR es letal en su crítica sobre las formas de resistencia elaboradas en los ‘70 contra esa violencia perpetua del capital y nos plantea la necesidad de elaborar de forma reiterada los dilemas del binomio violencia-contraviolencia. Habla contra la no responsabilización que las militancias asumieron al “poner el error y la muerte por fuera de uno (...) porque todos tenemos alguna responsabilidad en el hecho colectivo que hizo posible la aparición del terror, pero preferimos volver la cara” (2011a, p.30). Resulta de ahí la necesidad de despojarse de la perspectiva de un poder que se asemeja al de los opresores en su impugnación y que se funda en la desconfianza en la vida del sujeto.
4. En el vaivén de los puntos mencionados, aparece el problema de la reunificación del sujeto derrotado por el terror y la pregunta por cómo reubicar la coherencia en la conducta política previa, que se hallaba distanciada de sí misma y del sujeto al cual pretendía interpelar. Piensa imprescindible oponer como fuerza a ese pacto

perpetrador de la violencia callada una figura que no sea la de la muerte triunfante para configurar modelos distintos y procesos de liberación. Resistir para suscitar una fuerza nueva que venga de un poder diferente al que se nos impone. Consolidar un "poder de vida" como energía colectiva nueva que transforme la realidad "miserable y filtrada por el terror" (2015a, pp. 379-384).

4. Conclusiones

El intelectual, un hombre entre los otros, está sostenido por la materialidad del mundo sobre el cual apoya sus pensamientos. Cuando ese sostén real desaparece, aparece entonces una vez más la soledad y el terror y hay que tener con qué bancarse para no pasar a pensar con las categorías del triunfador que le movió el piso.

LR, *La crisis de los intelectuales y el marxismo.*

El recorrido realizado apuntó a poner en valor una serie de conceptos que entendemos centrales para pensar los momentos negativos de la lucha política. Se trata de una recolección que tiene por espíritu pensar la utilidad de las ideas para el combate, para proyectar otros mundos sobre el fondo de mundo que nos constituye en lo humano, nunca puro. Este andamiaje conceptual debe aportar a sustentar una praxis entendida como destrucción de las prácticas solidificadas (2015c). Operamos teóricamente para que a partir de la crítica sea posible hacer surgir eso que aún no es, explorando condiciones de posibilidad en la modalidad de vinculación -y construcción- de mundo, porque todo lo que puede ser pensado es susceptible de existir.

Rozitchner piensa en torno a la subjetividad y al poder y por tanto, su reflexión es siempre contra el terror (Sucksdorf y Stulwark, 2015) y por la verdad. El discurrir de su actividad filosófica da cuenta de la deuda de perpetuar una disputa que se presenta como combate, en tanto guerra, siempre y cuando sean esquivadas las operaciones teóricas construidas desde la traición (2015a, pp.180). La tarea refiere, entonces, a valerse de la perspectiva oposicional sobre la cual se formula la crítica -siempre polémica- al procedimiento sistémico por el cual es extirpada del sujeto no sólo su propia ubicación en el mundo sino también el momento arcaico del reconocimiento en y con otro (la figura de la madre que constantemente vuelve). En ese punto vuelve a hablar LR por nosotrxs cuando afirma que

> del terror no se sale por una decisión voluntaria. El terror subsiste, penetra y hay que tener en cuenta el tiempo histórico. El tiempo de la historia no es el tiempo del individuo (...) hay estrategias que requieren también un tiempo mayor que el propio tiempo individual. (2015a, pp.236).

Reconocer esa temporalidad histórica supone dar cuenta, a 40 años del pacto democrático, de la subsistencia del terror en nuestro transitar colectivo. Un terror que nos constituye subjetivamente en tanto participamos de manera permanente, quiérase o no, de un sistema capitalista-cristiano-patriarcal. Un terror que persiste e insiste, aquí y ahora, en tanto la intervención sobre eso real que no queremos ser aparece cercada por las consecuencias del desarrollo de una política a partir de ese pacto democrático que se fundó en la derrota y por ésta. Hay allí la marca de un límite en la subjetividad de quienes hoy siguen pujando, y una pregunta pendiente sobre las condiciones de reactualización de ese pacto, o de la posibilidad de su superación en la coyuntura actual. Un pacto que plantea la tregua en tanto la potencia política de lo colectivo sea restringida por fuera del ámbito en el cual se desarrollan las condiciones de la paz, que es el de la *representación*.

Resulta complejo partir de una crítica a la democracia en un marco en el cual el pacto que la compone pareciera estar más sacralizado que nunca, y esto a riesgo de que se pueda pensar en un desvío de las urgencias por parte de quien escribe. Pero la política tiene por tarea evitar el que el andar de la razón termine haciendo coincidir “lo posible con lo dado”, a partir de forzarnos a reconocer el propio límite. Ese reconocimiento nos demanda una operación de reunificación frente al angustiante miedo a la muerte que persiste en la medida en la que no intentemos fugarnos, no sólo de los efectos de la anestesia, sino también a la captura de ese nihilismo íntimamente vinculado al desgarro del sujeto y su despotenciación en la presente formación social.

Reunificar sería, en un contexto tal, volver a situarnos en tanto sujeto histórico como víctima de la derrota, para dar cuenta también de los efectos sobre el imaginario colectivo que ha tenido el proceso de degradación de las pulsiones de resistencia, producto de la creciente permeabilidad a tramitar el conflicto en los ámbitos donde desempeñan sus funciones los burócratas de la humanidad –“esos personajes banales que llevan puesto el precio junto a su apellido” (2015a, p.253). Es imposible obviar el hecho de la convalidación del corte entre la política y el cuerpo social que produjo el pacto de la representación si se piensa para buscar condiciones de transformación. Es un pacto de representación política que hizo devenir a la política en un acto funcionarizado, estandarizado, burocrático e impotente para la tramitación de las afecciones negativas.

Hay allí una certeza: la contradicción que rige sobre el cuerpo social marca el pulso de un combate dentro del mismo. El impacto de la penetración del terror en lo más hondo de la subjetividad se expresa como marca bifacética de ese imaginario social de la crisis. De un lado de ella, la subjetividad se encuentra capturada por el propio terror y emerge como manojo de afecciones nihilistas, una captura que abona a la profundización de la violencia

silenciosa sobre los cuerpos. Del otro, las pulsiones colectivas de resistencia sienten la anestesia que aceptan por aferrarse a la persistencia del pacto democrático y por tanto escindidas de la apropiación de la derrota, nodal para la reconstrucción de una resistencia política que nos desancle de las injustas condiciones que plantea la tregua de guerra para el bando vencido.

Debe ser operada una crítica a esa expulsión del nosotros de lo político porque ella se funda en el miedo a una muerte simbólica, a la muerte como desaparición del mundo social, una muerte íntimamente política y por tanto colectiva, que ya acontece en ese proceso de degradación de las pulsiones colectivas que supone el asumir la exclusión de las mayorías de los ámbitos en los cuales parecería construirse el mundo como algo dado. Esa exclusión oficial es marca de la socialización política actual y el doble filo de una democracia que porta tanto su carácter de conquista como de indefectible derrota. Asumir este elemento resulta nodal como parte de aquello que sin dudas debe ser superado y reactualizado.

La tensión planteada es efecto de la constitución de sujetos en una coyuntura democrática, donde es invisibilizada la masacre permanente y su violencia patriarcal, y en la que las condiciones de renegociación de la tregua son también permanentemente degradadas. Y es, en esa misma coyuntura trágica, que la presencia espectral del terror hoy amenaza con el agravamiento del cuadro descrito y las condiciones para disputarlo. Las consecuencias posibles de su avanzada son previsibles pero no por ello hay que prescindir de anticiparlas. Es decir: esto, que puede presentarse como fatalidad, es más bien contradicción viva e impone la indagación en torno a sus límites como doble agresión. No sólo ya de una representación que restringe y disgrega las pulsiones colectivas, sino de un cuerpo social amenazado por espectros conocidos. “No hay memoria social sin inscripción en el sujeto que recuerda” y sin insistir en un sujeto que, por colectivo, dispute la vida desde el cuerpo como trabajo político frente a la muerte.

Bibliografía

Cuesta, Ipar y Wegelin (2021). “La ideología de la crisis”. ISSN: 2344-9365. Revista Anfibia.

MARX, Karl (2015/1867). *El capital. Tomo 1, vol. 1: el proceso de producción del capital.* Siglo XXI editores.

Rey, Ailén Laura (2022). “Análisis de la narrativa libertaria: ¿cómo se vuelven “novedosas” ideas conservadoras?” en *Perspectivas, Revista de Ciencias Sociales. Año 7 No. 13.* pp. 426-448

Rozitchner, León (1964). *Contribución a una teoría del hombre*. Material de cátedra.

(2011a) *Acerca de la derrota y de los vencidos*. Buenos Aires: Editorial Quadrata & Biblioteca Nacional.

(2015a). *Escritos políticos.* Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

(2015b/1996) *La Cosa y la Cruz: cristianismo y capitalismo (en torno a las* Confesiones *de San Agustín)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

(2015c/1964). *Marx y la infancia*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

(2018) *Combatir para comprender.* Buenos Aires: Octubre.

Bibliografía de referencia

Rozitchner, León (2011b). Mater*ialismo ensoñado. Ensayos*. Buenos Aires: Tinta Limón.

(2012). *Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política.* Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

(2015d) *Ser judío y otros ensayos afines.* Buenos Aires: Biblioteca Nacional.